

## **¿FILOSOFÍA CRÍTICA O FILOSOFÍA TÓPICA? MEDITACIONES SOBRE *DE NOSTRI TEMPORIS STUDIORUM RATIONE***

**(1969)**

*Ernesto Grassi*  
(1902-1991)

RESUMEN: El artículo pone de relieve una faceta del pensamiento de Vico oscurecida por las interpretaciones idealistas de Croce y Gentile. Grassi presenta la filosofía viquiana como una «filosofía tópica», que – en continuidad con la tradición humanista latina (Cicerón, Quintiliano y Boecio) y sus orígenes aristotélicos– se opone a la «filosofía crítica», es decir, al racionalismo moderno matematizante iniciado por Descartes y que culmina en el racionalismo idealista.

PALABRAS CLAVE: Giambattista Vico, racionalismo, retórica, humanismo, Ernesto Grassi, Jorge Navarro Pérez. [trad.].

ABSTRACT: This article highlights an aspect of Vico's thought that has been obscured by idealistic interpretations by philosophers like Croce and Gentile. Grassi presents Vico's philosophy as a «topical philosophy», which –in continuity with the Latin humanistic tradition (Cicero, Quintilian, and Boethius) and its Aristotelian origins–, confronts «critical philosophy», i.e., the modern mathematical rationalism initiated by Descartes that culminates in idealistic rationalism.

KEYWORDS: Giambattista Vico, rationalism, rhetoric, humanism, Jorge Navarro Pérez [transl.], Ernesto Grassi.

PUBLICACIÓN ORIGINAL: ERNESTO GRASSI, *Critical Philosophy or Topical Philosophy? Meditations on De nostri temporis studiorum ratione*, en *Giambattista Vico: An International Symposium*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore (Maryland), 1969, pp. 39-50; publicado en español en E. GRASSI, *Vico y el humanismo. Ensayos sobre Vico, Heidegger y la retórica*, Anthropos, Barcelona, 1999, pp. 1-16.

---

Publicación con autorización por escrito y firmada del albacea de las obras de Grassi y Presidente de la Fundación *Studia Humanitatis*, Prof. Emilio Hidalgo-Serna, y del propio traductor.

© *Cuadernos sobre Vico* 36 (2022)

[105]

Sevilla (España, UE). ISSN 1130-7498 e-ISSN 2697-0732

© Stiftung *Studia Humanitatis* – D.O.I. <http://dx.doi.org/10.12795/Vico.2022.i36.09>

© de la traducción: Jorge Navarro Pérez, 1999.

**H**oy estamos tan lejos de la terminología de Vico que la pregunta que plantea el título de este ensayo tiene que parecer carente de significado. Es verdad que Vico contrapuso constantemente a la filosofía crítica (cuyo representante más importante era para él Descartes) lo que él llamó *ars topica*, y que podríamos traducir como «filosofía tópica». Pero esta contraposición hoy nos parece ligada a un conjunto de problemas que en su mayor parte ya solo tienen un interés histórico, pero poca relevancia contemporánea. Pues, ¿quién sabe hoy qué significado pudo tener el término «tópica» (tan caro a Vico) como antítesis de la filosofía cartesiana o crítica? La propia terminología ha sido superada; así le parecerá, al menos, a la mayor parte de los lectores de hoy.

## I

La tradición filosófica occidental estableció desde el principio una distinción fundamental entre el discurso retórico-patético y el discurso lógico-racional. El discurso retórico tiene el objetivo de mover las almas, de actuar sobre el «pathos». Este objetivo lo alcanza por medio de esquemas que operan sobre nuestros instintos, sobre nuestras pasiones (que generalmente son sensibles a imágenes), y no intenta justificarse racionalmente. Por su parte, el discurso racional se basa en la capacidad humana de hacer deducciones, de extraer conclusiones de premisas. El discurso racional consigue su efecto demostrativo y su carácter vinculante mediante la demostración lógica. El proceso deductivo está completamente cerrado en sí mismo y no puede admitir formas de persuasión que no se deriven del proceso lógico.

De ahí que el discurso retórico (en tanto que patético) no pueda tener pretensiones ni poder en la esfera del discurso racional, que es la forma propia de las ciencias. Al comienzo de la filosofía moderna, Descartes excluyó conscientemente la retórica (y otras materias propias de la educación humanista) de la filosofía, entendida como búsqueda pura de la verdad. En opinión de Descartes, la filosofía no intenta expresar la verdad de una manera «bella» o retóricamente «convinciente»; la única afirmación válida desde el punto de vista científico es la que brota de la demostración, es decir, aportando razones para las afirmaciones de uno, «mostrándolas», «explicándoselas» al oyente. De este modo, la retórica aparece como una manera de hablar imperfecta, imprecisa o incluso destructiva; al actuar sobre las pasiones, la retórica solo puede trastornar la claridad del pensamiento lógico.

Este dualismo de *páthos* y *lógos*, de discurso retórico y discurso racional, tiene consecuencias muy importantes para la pedagogía y los asuntos prácticos. Ante todo, el hecho de que el proceso racional sea deductivo y esté al alcance de cualquiera que siga las reglas lógicas, independientemente de la disposición subjetiva individual, hace que el discurso racional (o científico) se caracterice por su anonimidad. Es decir, todos los sujetos son reemplazables en el proceso de razonamiento. Además, como las conclusiones del proceso racional no se pueden limitar a un tiempo o lugar determinados y están deducidas con un rigor universal y necesario, su *ahistoricidad* es evidente. Las únicas cosas que cambian con el tiempo y con el lugar son los problemas.

Las características del discurso retórico son completamente diferentes; todo momento patético (en tanto que irracional y no válido universalmente) resulta subjetivo, relativo, ligado a una personalidad individual, a un lugar y a un tiempo determinados. Aristóteles dice en su *Retórica* que el discurso retórico ha de nacer de la visión de lo particular, es decir, de las condiciones en que habla cada cual, mediante el estudio de la situación y del estado de ánimo del oyente. Debido a estas particularidades, el discurso retórico nunca será anónimo ni ahistórico, pues ni el orador ni la situación son reemplazables.

Pese a estos argumentos, que conducen a la tesis de la superioridad del discurso racional, es obvio que en la historia de la relación entre el discurso racional y el discurso patético el problema de su relación no ha quedado resuelto definitivamente por ese dualismo. Las razones son las siguientes: el discurso racional brota de la razón y está determinado por ella; las pasiones (el elemento patético de la mente humana) no pueden ser alcanzadas por la razón, pues sobre ellas influyen solo esquemas sensibles, esquemas visuales o auditivos. De ahí la importancia de las imágenes, de los gestos, del ritmo del discurso, que no tienen valor racional alguno. De aquí se sigue que, aunque la razón distingue al hombre de los demás seres vivos, también es verdad que el hombre es un ser que siente, un ser patético. Por eso siempre se ha dicho que los métodos retóricos tienen una función pedagógica muy importante, y que en la esfera científica la retórica servirá fundamentalmente para «suavizar» la severidad, la aridez del razonamiento, es decir, para hacerlo más accesible. De este modo, el efecto de la ciencia quedaría reforzado y la ciencia misma se difundiría más. Las imágenes, las metáforas, facilitarían la aceptación de las verdades racionales.

También está muy difundida otra tesis similar: que el arte tiene una función retórica, ya que con su néctar endulza la verdad o, mejor, el borde amargo del vaso de la verdad; al hacer uso de imágenes y esquemas que actúan sobre la vida patética del hombre, la exposición artística de la verdad racional se revela un factor importante para la diseminación de la verdad. El aspecto patético-artístico se convierte en el elemento «formal» de la exposición de la verdad, un elemento que no se confunde con el contenido racional. Es obvio, sin embargo, que el dualismo original permanece intacto pese a estos intentos de tender un puente entre la «forma» patética y el «contenido» racional. Para hablar de una manera patética, el científico recurre a ciertas capacidades que son esencialmente extrañas a la actividad racional, verdaderamente científica. Y, a su vez, el orador que se pone al servicio de la ciencia tiene en primer lugar que familiarizarse con contenidos racionales que no están ligados estrictamente a sus capacidades patéticas. De este dualismo se derivan esos productos híbridos usados tan ampliamente hoy en la «divulgación científica», unos productos que constituyen uno de los objetivos principales de los programas culturales de los Estados socialistas, que se esfuerzan particularmente por interesar a las masas en los descubrimientos de la ciencia.

La separación del discurso patético respecto del discurso racional implica otras conclusiones. Los hombres solo llegan a ser tales en el contexto de una comunidad, pues el hombre es esencialmente un animal político. Y una «comunidad» política nunca «es» simplemente; está en un «devenir» constante para realizarse a sí misma en respuesta a las condiciones históricas cambiantes, a las que los hombres tienen que aprender a dominar si no quieren sucumbir a ellas. En tanto que elemento singular de la comunidad política, el individuo ha de poseer la capacidad de estudiar las situaciones particulares en que se encuentra. Los griegos llamaron *phrónesis* a esta facultad; los romanos, *prudentia*. Como observa el propio Vico, las reglas generales para un acto dictadas por la razón resultan demasiado numerosas o demasiado escasas cuando las confrontamos con un caso particular; lo primero, porque frente al caso concreto es difícil separar las reglas y adivinar cuáles aplicar; lo segundo, porque los casos individuales son infinitos, siempre nuevos. A la luz de estas dificultades, el dualismo de discurso patético y discurso racional parece completamente inadecuado; la actitud política (que se caracteriza por la visión de lo particular) no es deducible racionalmente, es decir, desde lo universal, y al mismo tiempo tiene que funcionar de una manera patética. Por otra parte, el orador puramente racional nunca vencerá en un debate ni se impondrá dentro de la comunidad.

Pero si las esferas patética y racional quedan separadas por completo, ¿quién se dedicará a la política con la esperanza de obtener la victoria?

## II

El pensador que al final de la tradición humanista intentó superar el dualismo de *páthos* y *lógos* (un objetivo que ya habían perseguido Giovanni y Gianfrancesco Pico, Valla y Nizolio) fue Vico; y la base de este intento fue una discusión de la primacía de la filosofía tópica sobre la filosofía crítica. Para comprender la viva actualidad de la problemática de Vico (una actualidad que, por cuanto respecta a este punto, fue oscurecida o incluso ignorada por el idealismo italiano de Croce y Gentile, al que debemos la revaloración y el descubrimiento de Vico), hay que detenerse en su peculiar terminología, que hoy a veces nos resulta extraña. La expresión «filosofía crítica» no presenta grandes dificultades, pero la expresión «filosofía tópica» es bastante oscura.

Vico subraya en el capítulo III de *De nostri temporis studiorum ratione* (1709) el hecho de que por entonces predominaba en la filosofía «la actitud crítica», por la que Vico entendía un método que se proponía dar una base nueva al edificio de la ciencia. La referencia a Descartes es evidente. «Para empezar, por cuanto respecta a los instrumentos de las ciencias, hoy comenzamos nuestros estudios por la crítica». Vico ve este procedimiento como la base de la filosofía cartesiana, pues el cartesianismo pretende ser no dogmático, crítico, en la medida en que no admite nada que no esté demostrado racionalmente, lo cual hace inevitable la duda metódica. En coherencia con este método, Descartes se propone revisar toda la tradición filosófica a la que pertenece para encontrarle a la filosofía una base nueva e indudable y superar toda duda.

La formulación anterior de Vico no es completa; hay que recordar la afirmación siguiente, con la que Vico cree haber agotado la esencia del método y de la filosofía de Descartes. Hablando del nuevo método crítico, Vico dice que este, «al expurgar su verdad primera de todo, no solo de la falsedad, sino también de la sospecha de falsedad, exige que se saquen de la mente las verdades segundas y lo verosímil, del mismo modo que lo falso»<sup>1</sup>. De acuerdo con esta afirmación, hay tres momentos característicos del método cartesiano.

---

1. Cfr. G.B. VICO, *Antología* (ed. y trad. R. Busom), Península, Barcelona, 1989, p. 43. [Véase la edición crítica en traducción española en: G. VICO, *Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, trad. del latín por Francisco J. Navarro Gómez, Anthropos, Barcelona, 2002, pp. 73-126: esp. 81-86, cita 81-82].

Ante todo, este método afirma que parte de una verdad primera, para encontrar la cual aplica la técnica de la duda metódica; esa verdad primera ha de tener un carácter necesario y universal, que es el principio cartesiano de la evidencia. Con el descubrimiento de la «verdad primera» la filosofía asume un carácter claramente racional; una vez que se ha encontrado la verdad primera, evidente e indeducible, el objetivo de la «filosofía crítica» será extraer mediante el proceso racional de deducción todas las consecuencias implícitas en ella. Este proceso consistirá, de acuerdo con la interpretación de Vico, en la construcción de una ciencia en que no haya lugar para opiniones divergentes.

En segundo lugar, si se pone la verdad primera como base de la filosofía se sigue necesariamente la exclusión de todas las «verdades segundas». Vico entiende por «verdades segundas» los principios que conforman el fundamento de las diversas ciencias; los principios, los axiomas de las matemáticas solo son válidos para el ser desde el punto de vista de la cantidad, es decir, para el ser *como* número; los axiomas de la geometría se refieren solo al ser *como* magnitud; los axiomas de la física, solo al ser *como* movimiento, etc. Ya está claro con estas formulaciones que no se puede identificar los principios de las ciencias individuales con los primeros principios, que tratan del *ser en tanto que tal* (el «*on he on*» de los griegos, de acuerdo con la terminología de Aristóteles). En la medida en que los principios de las diversas ciencias no son primarios, pueden ser reemplazados: según con qué principios geométricos empecemos, tendremos una geometría euclídea o una clase que no se puede identificar con la geometría tridimensional. Y lo mismo se puede decir de la física: las construcciones del mundo físico cambian de acuerdo con los principios con que hayamos empezado.

Se puede decir que la esfera de los principios y de las «verdades segundas» corresponde a lo que los griegos llamaban *téchne*. En efecto, los griegos llamaban *téchnai* a las ciencias que llegaban a conocimientos individuales y a resultados prácticos sobre la base de principios particulares. No pretendemos clarificar aquí mediante qué criterios se eligieron los principios y las «verdades segundas»: ciertamente, no sobre la base de intereses teóricos, sino más bien sobre la base de intereses prácticos, productivos o incluso «poiéticos», y primordialmente con el fin de someter la naturaleza a las necesidades humanas. Hay que tener en cuenta que desde el punto de vista de Descartes (es decir, comenzando por una «verdad primera» y excluyendo las «verdades segundas») toda ciencia necesita una justificación filosófica. Esta noción se expandirá en el pensamiento

moderno, que con el idealismo de Fichte y Hegel volverá a Descartes en un intento desesperado de deducir filosóficamente las ciencias para proporcionarles una base teórica. Ese fue el propósito de la *Doctrina de la ciencia* de Fichte y del intento hegeliano de deducir *a priori* las ciencias naturales.

De paso podemos señalar que la búsqueda de un fundamento filosófico, de una primera verdad sobre la que construir todo el «sistema» de las ciencias naturales, se encuentra en contradicción frontal con la tradición humanista, que tiene su origen en la obra de Coluccio Salutati *De nobilitate legum et medicinae*, se expande en las notas de Leonardo da Vinci y culmina en el pensamiento de Galileo. En esta tradición se atribuye a las ciencias naturales un valor práctico, no un significado cognoscitivo. Para Leonardo, la naturaleza es incognoscible, pues solo responde a las preguntas que se le plantean (y este será el primer presupuesto del experimento), unas preguntas que el hombre le plantea para realizar sus fines particulares.

Finalmente, ¿qué quiere decir Vico cuando afirma que Descartes, como consecuencia de la tesis de la «verdad primera», excluye no solo toda «verdad segunda», sino también todo lo *verosímil*? ¿Qué entiende Vico por *verosímil*? Para responder a esta pregunta, hemos de retroceder por un instante a la *Retórica* de Aristóteles, donde se afirma que la ciencia solo es posible donde los fenómenos tienen un carácter necesario y universal. Lo que cambia constantemente, lo que se manifiesta unas veces de una manera y otras veces de otra manera, puede ser objeto de constataciones individuales, pero no de una teoría general. A esta esfera pertenecen, por ejemplo, las acciones humanas que, brotando de situaciones diferentes, provocan reacciones que siempre son diferentes y nuevas. La retórica tiene, de acuerdo con Aristóteles, un carácter similar, pues el lenguaje patético hay que desarrollarlo de acuerdo con la situación en que uno se encuentra, considerando el estado de ánimo del oyente; la retórica es un tipo de discurso que siempre se manifestará en formas diferentes, sin el apoyo de reglas fijas. La retórica es la toma de conciencia de la esencia del lenguaje humano histórico, que es cambiante y propio del aquí y ahora.

Es evidente que si el objetivo principal de Descartes era descubrir una «verdad primera» desde la que deducir las consecuencias metafísicas, la retórica tenía que quedar excluida de su investigación, y de hecho Descartes dijo explícitamente que la retórica no pertenece a la filosofía y que ha de ser excluida de la educación. Su punto de vista sigue vivo hoy, de tal modo que la retórica ya no es tema de la enseñanza y solo perdura como un recuerdo histórico. Vico, al

justificar la esfera de lo «verosímil», no solo reconoce y afirma la importancia de la retórica, sino que resalta los peligros que se derivan de ignorarla. A continuación de la cita anterior, Vico escribe: «el sentido común brota de lo verosímil, [...] y es regla de toda prudencia, igual que de la elocuencia; pues a menudo los oradores tienen más problemas con una tesis verdadera, pero carente de verosimilitud, que con una falsa que parezca creíble»<sup>2</sup>. Al excluir de la filosofía a la retórica y a la política (pues también esta brota de la visión de lo individual), el método crítico deja de lado dos de los aspectos más importantes de la actividad humana. Y Vico deplora la unilateralidad que esta exclusión produce. En el capítulo VII de *De studiorum ratione* escribe:

Pero este método de estudio causa entre los jóvenes el doble inconveniente de no hacerles operar con la suficiente prudencia en la vida civil y de no darles la capacidad de colorear su discurso con las costumbres e inflamar los afectos<sup>3</sup>.

Vico subraya el hecho de que el método crítico deja de lado también el significado de la imagen, de la fantasía, que es esencial para el hombre:

Por último, nuestros críticos ponen la primera verdad antes, fuera y por encima de todas las imágenes de los cuerpos. [...] En efecto, igual que en la vejez prevalece la razón, en la juventud prevalece la fantasía [...]. Y la memoria, que aun no siendo lo mismo que la fantasía es prácticamente la misma cosa, tienen que cultivarla especialmente los niños, ya que no destacan en otra facultad de la mente. Y no hay que debilitar a los ingenios en su inclinación por aquellas artes que requieren memoria o fantasía, o ambas, como la pintura, la poesía, la oratoria y la jurisprudencia<sup>4</sup>.

En este punto podemos preguntar qué relación guarda el problema que hemos presentado con el rechazo viquiano de la filosofía «crítica». Esa relación se manifiesta precisamente en este contexto con la aparición del término «filosofía tópica», que Vico contrapone a la «filosofía crítica»: «Pues, como la invención de los argumentos precede por naturaleza al enjuiciamiento de su verdad, la doctrina tópica ha de ser anterior a la crítica»<sup>5</sup>. Así pues, la *inventio* precede a la *demonstratio*, el descubrimiento precede a la prueba.

---

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, p. 49.

4. *Ibid.*, pp. 43-44.

5. *Ibid.*, p. 44.



¿Qué relación guardan la invención y la tópica? Hemos señalado que, una vez que se ha descubierto una verdad primera, el proceso científico consiste necesariamente en la aplicación rigurosa de la deducción. Pero a Vico le parecía inaceptable la idea de que la esencia de la filosofía se reduzca al proceso racional deductivo, sobre todo porque ese proceso presupone la necesidad de otra actividad, la de la invención, que precede a la deducción. En efecto, Vico identifica *la doctrina de la invención con la filosofía tópica*.

### III

Si volvemos a las reflexiones teóricas de Aristóteles sobre la tópica, vemos que estas no parecen clarificar el problema de la relación entre la tópica y la filosofía. Los *Tópicos* de Aristóteles comienzan de la siguiente manera:

Este tratado tiene como objetivo encontrar un método que nos permita elaborar silogismos a partir de opiniones generalmente aceptadas sobre cada uno de los problemas que se nos presentan, y de este modo evitaremos entrar en contradicción con las tesis que defendemos<sup>6</sup>.

Aristóteles establece una distinción entre silogismos basados en premisas «verdaderas y primarias» y silogismos basados en la simple opinión. Esto le permite subrayar la utilidad de la tópica en el ejercicio de la razón, pues si poseemos un método será mucho más fácil discutir cualquier tema que surja; la utilidad de ese método se manifestará en el arte de discutir porque al conocer las opiniones de muchos será más fácil entrar en la discusión; y finalmente, por cuanto respecta a las ciencias que están conectadas con la filosofía, la tópica ayudará a reconocer las dificultades relacionadas con la solución que se ha dado a un problema<sup>7</sup>. En efecto, como ejemplifica Aristóteles, la tópica estudia lo que sucede realmente en la dialéctica y en la medicina: no se pasa por alto nada, todos los argumentos relevantes están presentes en la mente de tal manera que pueden ser encontrados y aplicados en el momento adecuado. Por consiguiente, la tópica tiene la tarea de determinar «a cuántas y a qué tipo de cosas se referirán los argumentos, con qué materiales comenzarán estos, y cómo podemos conseguir estar bien provistos de ellos»<sup>8</sup>. A partir de los pasajes

---

6. ARISTÓTELES, *Tópicos*, 100a18.

7. *Ibid.*, 101a 29.

8. *Ibid.*, 101b 13.

que hemos citado tal vez se pueda entrever (aunque todavía no es evidente) cómo atribuye Vico a la tópica una función filosófica. Además, podríamos buscar ayuda en otra tarea que Aristóteles atribuye a la tópica: la tarea de «encontrar» los argumentos necesarios tanto para el discurso racional como para el discurso retórico. La tópica se revela, pues, como la doctrina de la *inventio*.

Para comprender este concepto, será útil volver a Cicerón y a Quintiliano, pues las formulaciones que estos autores nos dan clarifican el carácter filosófico de la tópica. En la obra de Cicerón *De oratore* encontramos este significativo pasaje:

*Sed Aristoteles, is, quem ego maxime admiror, posuit quosdam locos e quibus omnis argumenti via non modo ad philosophorum disputationem sed etiam ad hanc orationem qua in causis utimur inveniretur*<sup>9</sup>.

Hay que subrayar dos elementos de este pasaje. En primer lugar, la palabra *topoi* se traduce como *loci*. En otro pasaje, Cicerón traduce el término como “*sedes*” o “*nota*”; Quintiliano usa la expresión «*sedes argumentorum*». De una manera similar, Tácito usa en su diálogo sobre el orador la siguiente frase: «[...] *a Peripateticis aptos et in omnem disputationem paratos jam locos*»<sup>10</sup>. En segundo lugar, hay que anotar que para discutir de una manera provechosa el orador ha de tener presentes en su mente todos los argumentos, es decir, los «lugares comunes», para poder encontrarlos y emplearlos. En el pasaje de Cicerón encontramos el término “*invenire*”, así como “*locus*”; Cicerón se refiere a la invención que se aprovecha del agrupamiento de argumentos bajo los *loci* o las *notae* que les corresponde:

Es fácil encontrar cosas que están ocultas si se señala el lugar en que se ocultan; del mismo modo, si deseamos recuperar un argumento tenemos que conocer los lugares o tópicos: pues así es como llama Aristóteles a las “regiones” de donde se toman los argumentos. Por consiguiente, podemos definir un tópico como la región de un argumentos<sup>11</sup>.

Para comprender la problemática y la terminología de Vico, hay que citar otro pasaje de Cicerón, el cual tiene una importancia fundamental porque es evidentemente la fuente de la distinción viquiana entre filosofía crítica y filosofía tópica.

---

9. CICERÓN, *De oratore*, II, 33, 152. [Texto revisado].

10. TÁCITO, *De oratoribus*, 31.

11. CICERÓN, *Tópica*, II, 7.

Todo tratamiento sistemático de la argumentación tiene dos partes, una relativa a la invención de argumentos y otra al juicio de su validez [...]. Los estoicos trabajaron solo en uno de estos dos campos. Es decir, han seguido diligentemente los caminos del juicio mediante la ciencia que llaman διαλεκτική, pero han olvidado completamente el arte de invención, al que se llama τοπική<sup>12</sup>.

En otro pasaje de *De oratore*, Cicerón habla del arte de juzgar (lo que Vico llama *crítica*) y subraya que no tiene nada en común con la invención, que de hecho «es lo contrario de la invención»<sup>13</sup>. El arte de juzgar tiene la tarea de derivar ciertas consecuencias de las premisas dadas, mientras que la tópica es el arte de la invención. Además, durante la Edad Media Boecio atribuyó en *De differentiis topicis* un carácter inventivo a la tópica en tanto que ayuda a *trahere argumenta*. De ahí que escriba: «*Locus* es la región (*sedes*) del argumento, o aquello de donde se saca el argumento adecuado a la cuestión propuesta»<sup>14</sup>.

Para mostrar la importancia filosófica que la invención y la tópica tienen para Vico, podemos recordar la división tradicional de la retórica. Esta consta de materia y forma, de *lo que se dice* y de la *manera* en que se dice: «*Omnis autem oratio constat aut ex iis quae significantur aut ex iis quae significant, id est rebus et verbis*»<sup>15</sup>. Cada tipo de discurso (la tradición distingue tres tipos básicos: jurídico, político y encomiástico) consta de cinco partes, de las que la primera es la «invención»<sup>16</sup>. Para terminar el proceso racional o derivar retóricamente las consecuencias, siempre es necesario «encontrar» las premisas; y es la invención quien proporciona los argumentos que permiten consumir un discurso eficaz desde los puntos de vista lógico y retórico.

A la luz de todo esto, podemos preguntarnos cómo entiende Vico la función filosófica de la tópica.

#### IV

Vico lamenta en el capítulo III de *De studiorum ratione* el hecho de que los modernos no se interesen por la tópica debido a que han sido condicionados a aceptar el método crítico, lo cual les hace creer que basta con que les

12. *Ibid.*, II, 6; cfr. *De oratore*, II, 32, 115.

13. *De oratore*, II, 38, 157.

14. BOETHIUS, *Opera*, Basilea, 1570, p. 827.

15. QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, II, 5, 1.

16. Cfr. CICERÓN, *De oratore*, I, 31, 142; QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, III, 3, 1.

expliquen una cosa para que puedan discernir inmediatamente si hay verdad en ella o no («*nam sat est, inquiunt [...] rem doceri, ut quid in ea veri inest inveniant*»)<sup>17</sup>. Lo «verosímil» que limita con lo «verdadero» hay que estudiarlo aplicando las reglas de la lógica, sin haber recibido una educación especial y sin conocer la tópica. Contra los defensores del método crítico, Vico hace una objeción en forma de una pregunta: «Pero, ¿quién puede estar seguro de haberlo visto todo?»<sup>18</sup>. Es decir, ¿cómo se puede estar seguro de que las premisas por que comienza el proceso crítico no reflejan solo un aspecto de la realidad? ¿No ha desatendido el método crítico a la retórica, a la política, a la imaginación, mostrando así su sesgo racionalista? No solo eso: el «encontrar», la «invención» (tal como aparece en procesos filosóficos puramente racionales) se identifica únicamente con lo que se «encuentra» mediante el proceso deductivo y no puede escapar a esta identificación. El corazón del problema reside en la «invención» de todas las premisas necesarias para crear un discurso que sea no solo «sutil», sino además rico, tal como Vico lo describe; reside en la «visión» primitiva, racionalmente indeducible, de las relaciones entre las premisas primitivas e indeducibles. Con otras palabras: la clave del rechazo viquiano del método crítico y de su racionalismo es que las premisas originarias mismas son en tanto que tales indeducibles, por lo que el proceso racional nunca será capaz de descubrirlas; o, ya que el proceso racional es esencialmente deductivo, este nunca será aplicable a las premisas, a los axiomas o a los principios del proceso racional mismo.

Mientras que el método crítico comienza por *una* premisa originaria y extrae deducciones que, por más agudas y complejas que sean, siempre estarán limitadas a la esfera designada por la premisa, solo el propósito de descubrir *todas* las premisas propias del mundo humano (y de ellas forman parte las de prudencia, imaginación, vida práctica, etc.) volverá al discurso fecundo e inventivo: «De ahí se sigue esa virtud suprema y rara de la oratoria llamada «plena», que no deja nada intacto, nada omitido, nada que los oyentes pudieran desear»<sup>19</sup>. Así pues, sería un error considerar a la tópica un mero «instrumento» de los argumentos encontrables recurriendo a ciertos «signos» y a

---

17. Cfr. VICO, *Antología*, p. 44. [Texto latino revisado. Cfr. G. VICO, *Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, op. cit., p. 83: «pues basta, dicen, [...] que una cosa se les enseñe para descubrir qué hay de verdad en ella»].

18. *Ibidem*.

19. *Ibidem*.

ciertos «lugares». Para Vico, la tópica es la doctrina de la invención. Al margen del problema histórico (que no nos ocupa aquí) de si se pueden encontrar en Aristóteles ideas similares sobre la concepción filosófica de la tópica, es legítimo preguntarse si la actividad tópica en su significado originario puede tener sus raíces en el «*nous*», en el ingenio, ya que el primer requisito para encontrar un argumento adecuado a las circunstancias de uno es una capacidad racionalmente indeducible, inventiva o, como la llamaron los latinos, «ingeniosa». Además, es verdad que para Vico la crítica es solo la afirmación coherente desde un punto de vista lógico, mientras que la tópica es el arte de la afirmación rica, creativa, copiosa: «*Critica est ars verae orationis, topica autem copiosae*»<sup>20</sup>.

En un artículo publicado en el *Giornale dei letterati*, uno de los críticos de Vico resumió y comentó cada uno de los capítulos de *De antiquissima Italarum sapientia* diciendo:

(El autor) considera las tres famosas operaciones de nuestra mente, percepción, juicio, razonamiento, las cuales son el objeto de la lógica, que él divide en tópica, crítica y método; de tal modo que la *tópica es la facultad o el arte de aprender, la crítica del juicio y el método del razonamiento*. El autor examina el método geométrico, al que considera inútil en algunas ciencias y artes, en otras incluso dañino<sup>21</sup>.

La tópica corresponde a la doctrina de la visión originaria de la que proceden aquellas formas de instrucción y aprendizaje que tienen sus raíces en una visión y en un descubrimiento primitivos (se podría llamar «arcaica» a esta visión, no en el sentido temporal del término, sino en el sentido en que se refiere a los «*archai*» u orígenes), en una facultad ingeniosa, es decir, racionalmente indeducible. «La tópica *encuentra y reúne*: la crítica *divide y aleja* de lo reunido; y por eso *los ingenios tópicos son mucho más copiosos y menos verdaderos*; los críticos son más verdaderos, pero mucho más secos»<sup>22</sup>.

Vico siempre da la precedencia a la tópica sobre la crítica y su correspondiente actividad racional apelando al argumento de que lo primero que hace falta es saber cómo «encontrar» las premisas.

20. *Ibidem*. [«La crítica es el arte de la oración veraz, mas la tópica lo es de la oración copiosa». G. VICO, *Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, op. cit., p. 83].

21. VICO, *Opere* (ed. F. Nicolini), Bari, 1914, I, p. 201.

22. *Ibid.*, p. 271.

La providencia aconsejó bien a las cosas humanas al promover en las mentes humanas *antes la tópica que la crítica*, igual que *las cosas primero se conocen y después se juzgan*. Pues la tópica es la facultad de hacer a las mentes *ingeniosas*, igual que la crítica es la de hacerlas exactas; y en estos primeros tiempos había que encontrar todas las cosas necesarias para la vida humana, y encontrar es propiedad del ingenio<sup>23</sup>.

El ingenio es la facultad que se vuelve a lo primitivo, a lo «arcaico». «La facultad particular del saber digo que es el *ingenio*, pues con este el hombre *compone las cosas*, las cuales, a quienes *no tienen mucho ingenio, les parecía que no guardaban ninguna relación entre sí*»<sup>24</sup>. El ingenio es la facultad «comprensiva», no la deductiva; y la comprensión precede a la deducción en la medida en que solo mediante la comprensión somos capaces de deducir consecuencias. «El ingenio es la facultad de reunir en una sola las cosas separadas y distintas»<sup>25</sup>.

## CONCLUSIONES

¿Filosofía crítica o filosofía tópica? Esta era la pregunta con que hemos comenzado. Ante todo, hay que anotar que la distinción entre los dos tipos de filosofía que hace Vico ya no se puede considerar un caso cerrado, de interés solo histórico, sino que hay que verla como un problema muy relevante en nuestros días. Hoy glorificamos en la ciencia y en la cibernética instrumentos en cuyas manos ponemos nuestro futuro, olvidando que todavía tenemos el problema de encontrar «datos», de «inventarlos», pues el proceso cibernético solo puede elaborarlos y extraer consecuencias de ellos. El problema de la esencia del ingenio humano y de su creatividad no se puede reducir al de la deducción racional, que la tecnología moderna está desarrollando de una manera imprevisible.

La segunda conclusión es que las teorías de Vico sobre la filosofía tópica tienen sus raíces en la tradición humanista latina, para la cual la retórica tenía una función y una importancia que han caído por completo en el olvido. El pensamiento humanista siempre se ocupó de la unidad de *res y verba*, contenido y

---

23. G.B. VICO, *Ciencia nueva* (trad. Rocío de la Villa), Tecnos, Madrid, 1995, § 498, p. 245.

24. G.B. VICO, «Primera respuesta», *Giornale dei Letterati*, en *Opere*, I, p. 213. Cfr. *Antología*, p. 103.

25. G.B. VICO, *De antiquissima Italorum sapientia*, cap. 7, § 4, en *Opere*, IV, p. 179. Cfr. *Antología*, p. 87. [G. VICO, *Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, op. cit., p. 180].

forma, que una vez separados ya no podrían ser reunidos. Si se admite el elemento racional como el único contenido posible de nuestro lenguaje, ya no será posible darle una «forma» capaz de mover las almas; y, además, la filosofía quedará condenada a las regiones olvidadas de la historia.

Esta revaloración de Vico comenzó en el idealismo italiano, que al basarse en la identidad de lo *verum* con lo *factum* propuesta por Vico vio en este autor sobre todo al defensor de la tesis de la creatividad del pensamiento humano y por tanto (pese a todo) del «*cogito ergo sum*». Esto fue un malentendido de la idea central de Vico e impidió que se comprendiera su problemática humanista, que no tenía nada que ver con la tradición idealista ni con el hegelianismo en particular.

La distinción humanista entre lo verdadero y lo verosímil hizo posible toda la reflexión sobre la esencia de la acción política y el florecimiento de la tradición jurídica. Por último, la distinción entre «verdad primera» y «verdades segundas» impidió la deducción filosófica, apriórica, de las ciencias naturales que es propia del idealismo. Pero la verdadera historia de la tradición humanista en su función anticartesiana todavía está por escribir.

*Traducción de Jorge Navarro Pérez (1999)*

